

Red Transpersonal

“La muerte iniciática”

Del libro “Sonreír a la muerte” *José María Doria*

CAPÍTULO 19





“La muerte iniciática”

Morimos varias veces en la vida

¿Te suena eso de que morimos en alguna ocasión durante la propia vida?

Quizás la muerte no solo acontece cuando termina la vida de nuestro cuerpo, sino también al final de un ciclo en el que agoniza nuestro *modelo* con su correspondiente -yo-. De hecho, el morir a la inocencia de la niñez y hacernos adolescentes, ¿no es acaso una revolución por la que se nace literalmente a una nueva vida? A poco que revisamos nuestra vida, comprobamos que el camino “está marcado” por episodios o fronteras biográficas que han supuesto auténticas muertes y renacimientos.

Más allá de los ciclos biológicos, como el de la adolescencia, existen también fuertes impactos emocionales que, en forma de vicisitudes y pérdidas, los vivimos como “muertes”.

¿Quién no ha atravesado una aguda crisis en la que sentía agonizar su anterior percepción e identidad? Las pérdidas y el quebranto personal que la vida pone en nuestro camino se registran como un morir en toda regla, para renacer después con mayor madurez y templanza. Este proceso de maduración emocional no parece suceder sin sufrimiento y sin cierto “sabor a muerte”.



“La muerte iniciática”

Las etapas por las que atraviesa nuestra travesía vital recuerdan la caña de bambú en la que, cada cierto tiempo, se conforma un nudo que bien podría equipararse a un episodio de muerte. Se diría que ese obstáculo que la caña enfrenta es lo que precisamente la hace más fuerte ante los vientos. Cada nudo del bambú, aplicado a la vida humana, representa una serie de vivencias, en muchos casos ocurridas alrededor de cada 7 años, un ciclo éste en el que casualmente se renuevan todas las células de nuestro cuerpo. A poco que observemos nuestra trayectoria de vida, nos damos cuenta de que tales “nudos” suelen coincidir con cambios de rumbo hacia nuevos tramos de travesía.

Maestro, ¿qué harás cuando llegues a la cima?

Seguir subiendo

Tradición Zen

La impermanencia

¿Conoces la popular carta del tarot, titulada “la muerte”, en la que figura un esqueleto con una guadaña a cuestas? Dicha carta encierra el simbolismo de la *Ley de transformación y no permanencia* de todas las formas. La figura nos recuerda el hecho de que durante la vida asistimos a una constante renovación de ciclos. Nuestro camino es un continuo *morir a lo viejo y nacer a lo nuevo*. De hecho, esta perspectiva de la muerte representa al cambio y a la aventura existencial.



“La muerte iniciática”

A partir de esta toma de conciencia sobre lo efímero de todo, el ser humano no ha cesado de buscar lo absoluto o inmutable a través de múltiples caminos mitológicos y religiosos. De hecho, saborear *lo inalterable* se convierte en la meta del peregrino y el refugio trascendente.

Desde la visión transpersonal, *lo único que no cambia es el observador de lo que cambia*. Esto, traducido al día a día, señala que *eso en nosotros que se da cuenta* deviene consciente del cambio. Esto es, precisamente, *lo eterno* que se constituye como observatorio o *conciencia testigo*.

Esta cualidad de “observar” lo que ocurre en nuestra mente, una atestiguación realizada desde un punto neutro e inalterable hace de la vida humana algo único. El hecho de que seamos capaces de trascender nuestra frontera biológica y proyectar una *realidad mayor* que el -yo-, llamada Dios, luz, esencia, lo absoluto, energía y de muchas otras formas, convierte la travesía humana en una *aventura de la consciencia*.



“La muerte iniciática”

El cambio de percepción como una forma de muerte

A nivel cotidiano, las muertes que vivimos a través de los cambios viven agazapadas en la llegada de noticias inesperadas, en la apertura de nuevos caminos, en los ajustes de rumbo de las relaciones y en el despliegue insospechado de posibilidades y recursos. Estos acontecimientos desencadenan “lo nuevo” y conllevan otra forma en la percepción de la realidad. En este sentido, el cambio más destacado ha sido también llamado “muerte iniciática”, un suceso que acontece durante el “destronamiento del -yo-” “como rey y único sujeto, lo cual constituye la base de la miopía que padecemos y la consiguiente distorsión existencial.

La mencionada expresión “muerte iniciática” evoca la leyenda del antiguo sacerdocio egipcio, en la que el “aspirante a la iniciación”, tras superar múltiples obstáculos, enfrentaba su última prueba: la de la Gran Balanza. En este examen, el corazón del aspirante era colocado en uno de los platillos de aquella sensible báscula; en el otro, tan solo se depositaba una pluma de ave. Si el corazón, tras las pruebas superadas, ya estaba vacío de identificación y apegos y, a su vez, era tan ligero como la pluma, el aspirante era conducido a una estancia en la que había un sarcófago de piedra. Allí se introducía el futuro iniciado para recrear su propia muerte, el adiós a sus referencias de antigua identidad o “viejo yo”.



“La muerte iniciática”

Tras la soledad y la fría oscuridad del lugar, éste experimentaba un morir en el que se vaciaba de tiempo, miedos y deseos. Tras vivenciar un, “nada que perder”, por haberlo ya perdido todo, experimentaba un posterior renacer a los ojos del corazón que le daba acceso a la ceremonia de iniciación.

Como verás, el hecho de enfrentar la propia muerte y pasar por el proceso de aceptar y rendirse a la extinción, conlleva una gran transformación personal. No es raro escuchar relatos del tipo: *“entonces, creí que no había salida, vi que había llegado mi hora..., todo se detuvo, mi mente paró de pensar..., comprobé que ya nada podía hacer, salvo entregarme a mi destino...”, “me rendí y entré en un estado sin tiempo...”, “acepté que, aún queriendo vivir, había llegado mi final..., entonces me inundó una gran paz...”. “algo en mí dejó de resistirse..., todo entró en un silencio indescriptible..., solo había quietud e inmensa paz...”*

¿Te suenan las mencionadas expresiones? En tales casos de personas que enfrentando su muerte, han sido inesperadamente salvadas, vuelven “renacidas interiormente” a sus vidas. Esta transformación personal conlleva, entre otras cosas, una considerable disminución de los miedos e inseguridades que nos acompañan en el curso del vivir. El hecho de “haberlo perdido todo” nos hace paradójicamente libres de las amenazas que nuestro ego experimenta ante los anuncios de posible desposesión y pérdida.



“La muerte iniciática”

A veces, este episodio transformador ocurre ante la amenaza física de un peligro mortal y otras, por el contrario, se trata de una pérdida emocional, en cuyo caso, el peligro experimentado es el de una muerte simbólica y no por ello menos dolorosa. Esta última clase de muerte, en la que todo parece orquestar la demolición del yo y su modelo, al estilo Ave Fénix, es un parto a una nueva *yoidad* que puede darse varias veces en esta única vida. Tal vez, todos los seres humanos pasamos por alguna “terrible racha” que, como rueda de molino, tritura, pérdida tras pérdida, nuestro modelo personal ya agotado. En plena desesperación, algo nuclear en nosotros permite sostenernos, tal vez por intuir que el desagradable suceso forma parte del juego evolutivo de la maduración y el crecimiento.

¿Te has preguntado alguna vez si podemos vivir el cada día percibiéndonos totalidad e infinitud, sin tener necesariamente que pasar por la muerte del cuerpo? ¿Te has preguntado también si existe alguna persona que esté viviendo en estado permanente de plenitud, unidad o felicidad total en este cuerpo que vivimos? Confieso que, en mi caso, tal estado no es una mera utopía, porque lo experimenté con total atención y consciencia, aunque tan solo me duró algunas horas. Agradezco que me diera cuenta de que aquella vivencia: ya no era una idealización leída en los textos sagrados, sino una realidad sólidamente vivenciada. Hoy, todavía, algo muy profundo de mi ser sabe que ESO es posible, aunque la estabilidad sea mi íntima utopía.



“La muerte iniciática”

¿Podemos imaginar cómo es una percepción de la realidad que se halle más allá del punto de vista personal? ¿Intuimos lo que significa una percepción *aperspectivista* e integral en 360°? Te lo contaré en el capítulo 10.

Metanoia: morir a lo viejo, nacer a lo nuevo.

Tras diferenciar entre la muerte de final de la vida y, las mencionadas muertes iniciáticas que enfrentamos en el camino, viene a cuento el término “metanoia”. El significado de este término alude a una *epifanía de la consciencia* que, a veces, ocurre tras recuperarnos de una ruina, tras una enfermedad grave, tras el abandono o traición de un ser querido o incluso por un abrupto bandazo del cada día. Sentimos, entonces, que se despliega una fuerza descentralizadora del ego por la que se abren los “ojos del corazón” en un *mirar directo y desnudo que permite fluir despiertos y en atención ecuánime*.

La raíz etimológica de la palabra metanoia está compuesta por “meta” que significa *más allá de o por encima de*, y “noia”, cuya raíz *nous* se refiere a la mente: es un saltar a un más allá de la mente. El término en cuestión señala un acontecer en la vida humana por el que se desatascan bloqueos inconscientes y se accede a una *metalógica* que no precisa de anteojos para comprender el mundo. Esto no solo consiste en un percibir la realidad de “otra forma”, sino desde “otro nivel”.



“La muerte iniciática”

La psicología la entiende como un proceso de transformación de la psique en el que sucede la autocuración. Dicho de otra manera, a través de la metanoia se transforman nuestros valores, objetivos y prioridades, deviniendo más aptos para resolver los problemas más profundos de nuestra existencia.

Así, pues, esta ampliación interior señala la salida del egocentrismo que ya no viene acompañado de una dolorosa catástrofe, desde la que reconstruir nuestros pedazos, sino de una expansión de conciencia que, de forma benévola y gratuita, sucede *de dentro afuera*.

La mencionada *muerte iniciática* que sucede, sin la extinción del cuerpo, no es un cambio más, sino el acceso a un estado en el que nos damos cuenta de que todo ocurre interrelacionado en una realidad Mayor; nos sentimos abiertos a la aventura de *descubrir lo nuevo* con toda la carga de utopía que esto pueda conllevar. En este contexto, la utopía, lejos de sugerir lo imposible, nos enraíza en la confianza de que *eso* es posible, porque, en realidad, *todo es posible*.

La *muerte en vida* señala un cambio de conciencia en la que nos reconocemos formando parte del ecosistema y siendo conscientes de que nuestros actos, por pequeños y silenciosos que sean, afectan a todo el conjunto. Esto conlleva una nueva mirada sistémica que nos torna responsables con el medio, al tiempo que nos permite transitar del “miedo a la confianza”.



“La muerte iniciática”

Como puedes ver, la metanoia es también una forma de “morir al viejo -yo-”, permitiéndonos reformular el concepto “vida” y reconocernos como habitantes de un planeta diverso en unidad de consciencia.

